

ESTE PERIÓDICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIO DE LA SUSCRICION:

EN LA

HABANA

80 CENTAVOS

AL MES,

Y EN EL INTERIOR

UN PESO,

FRANCO DE PORTE.

EL NUM. SUELTO

SE VENDE

A 2 REALES FTES.



LA REDACCION

ESTÁ EN

"EL IRIS,"

LIBRERÍA É IMPRENTA,

CALLE DEL OBISPO

NUM. 22.

Á DONDE

PODRÁN DIRIGIRSE

LOS AVISOS

Y LAS

RECLAMACIONES.

LA ADMINISTRACION

ESTÁ EN

EL MISMO ESTABLECIMIENTO

DON JUNÍPERO.

PERIÓDICO SATÍRICO-JOCOSO CON ABUNDANCIA DE CARICATURAS,

DIRIGIDO POR

VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

LO QUE DEJA "ESPARAVAN."



SPARAVAN, ya tú dijiste al público lo que yo dejo al marcharme para la península: ahora es preciso, si es que has de hacer las cosas por completo, que digas lo que dejas tú.

—¡Yo! yo, D. Junípero, no dejo nada, porque, bueno ó malo, me quedo con todo.

—¿Como así?

—¿Me voy yo de la Habana por ventura?

—¿Y eso que importa? ¿No dejas desde hoy de pertenecer al periodismo?

—Eso sí. Y vuelvo á machacar mis drogas, por lo menos, interin V. vaya corriendo cortes.

—Pues, entónces, ya que te retiras de ese terreno, siquiera sea temporalmente, no me parece fuera de propósito el que hagas exámen de conciencia

y digas lisa y llanamente lo que dejas.

—¡Ay señor! Si no fuera porque me ahoga el pesar que me causa su próxima partida, capaz sería de hablar un día entero, porque son tantas y de tal condicion las cosas que dejo, que no sé por donde empezar. Además, ¿cree V. que todo lo que se me ocurra sea para dicho?

—Vaya, no seas necio: echa á un lado escrúpulos y pesares, puesto que de ellos no vive nadie, y desembucha de una vez, sino el todo, una parte siquiera de lo que dejas, si es que crees dejar algo mas que yo.

—Y tanto, que ojalá pudiera arrastrar con todo.

—Esa es mucha ambicion, *Esparavan*.

—¿Qué quiere V., señor? Es una virtud propia de la época.

—Siempre el mismo tema. Vamos, empieza.

Empiezo, pues. Dejo en primer lugar en nombre de V. lo que, siguiendo sin duda la costumbre general, se le ha olvidado á V., y es, un caudal de gratitud hácia el público de la Habana que tanto nos ha favorecido.

—*Esparavan*, te agradezco en el alma la memoria, tanto mas, cuanto que, como tú sabes, ni ahora ni nunca podré olvidar las señaladas muestras de afecto con que hemos sido tratados por el público durante la publicacion de nuestro semanario.

—Pues, por ahí voy yo, que no concibo que pueda existir nobleza de alma donde no hay agradecimiento. Y cuenta que esto no lo digo solo por V. sino por la parte que pueda caberme tambien en esa condescendencia pública, de la cual, acaso haya abusado mas de una vez, efecto de mis escasos conocimientos.

—¡Que viva la modestia, *Esparavan*!

—Aquí no hay modestia que valga, señor. Lo digo como lo siento. Quede la presuncion para otros, que sin ser nada creen valer mucho. Yo sé que valgo muy poco y á eso me atengo.

—Será así; pero..... mira, deja eso y ve diciendo lo demás, sino luego será tarde.

—Dejo un corresponsal en Cienfuegos..... pero no, que quien lo deja es V., pues por mí hace ya mucho tiempo que está dejado hasta de la mano de Dios.

—Aludes á D. Crispin.....?

—Precisamente.

—Pues, mira, dobla la hoja, que harta pena me dá su conducta, mayormente cuando los demás corresponsales se han portado conmigo, no ya solamente con exactitud, sino algunos de ellos hasta con desprendimiento y generosidad. Continúa.

—Dejo el pandero en buenas manos.....

—¿Qué pandero es ese?

—El pandero, señor.

—¿Pero qué pandero?

—Yo no sé. ¿V. no oye decir á cada rato: «No hay cuidado; en buenas manos está el pandero?» Pues ese es el pandero que yo dejo.

—Quedo enterado. Prosigue.

—Dejo unos cuantos líos en poder de algunas sociedades que los desatará el que quiera y pueda, porque lo que es yo no alcanzo otro medio que el que se empleó con el célebre nudo gordiano.

Dejo una pelotera en las puertas del banco español con motivo de la elección de nuevo Director, para cuyo cargo no hay pelafustan que no se crea capaz. Y ahí tiene V., señor, una ocasión favorable para mí, si tuviera el número de acciones necesario para optar á ese destino.....

—¿Y tendrías valor?

—Señor, si yo sé de algunos que lo pretenden que les sentaría mejor que á mí una mano de almiraz.

—La presuncion, *Esparavan*, está á la orden del día.

—Y la fantasmagoria, señor.

—Adelante.

—Dejo á unos cuantos capitalistas con tamaña boca abierta, esperando, como los israelitas el maná, la aparición de los consabidos bonos procedentes del empréstito de los tres millones.

—Pues eso, segun tengo entendido, no puede hacerse esperar mucho tiempo.

—Dejo el precio de los azúcares á una altura fabulosa, lo cual, si bien promete á los hacendados un brillante medio de echar la casa por la ventana, en cambio augura para algunos comerciantes resultados parecidos á las catástrofes aquellas de los años 58 y 59 de funesta recordacion.

Dejo una deuda.....

—Pues, mira, págala antes que me vaya, que yo no estoy en el caso de que me vengán con reclamaciones, y si cabe, que por tu causa me entredichen hasta la salida de la Habana.

—Señor, si quien tiene esa deuda no soy yo que he tenido siempre frenesí por cubrir todas las que he contraído: aludo á la de cierta empresa, que no veo yo el día que pueda satisfacerla, si se atiende á que vale mas la mecha que el candil, esto es, á que los premios, igualándose á los productos, se la están comiendo por ambas patas.

—Esto ya cambia de especie.

—Dejo las acciones de algunos ferrocarriles á lo que quieran dar por ellas, lo cual promete pingüísimos re-

sultados para los que hoy se hallen á malas con su dinero.

Dejo la denominada y conocida del público por muchos años hasta hoy, *Calzada del Monte*, convertida en *Carrera del Príncipe Alfonso*, y un proyecto de grandes fiestas con motivo de la composicion hecha en ella, que, segun voz pública dejarán muy atrás á las célebres lupercales.

—En efecto, *Esparavan*, pues segun un cuaderno que se ocupa del asunto, la cosa promete ser de lo mas espléndido. *O César, ó nada*, dice la comision de festejos; y ya tú ves que esto quiere decir: ó se hace una demostracion de regocijo que resuene por todos los ámbitos de la tierra, ó no se hace maldita la cosa. Estoy conforme: además, que la grandiosidad del objeto lo merece. Veamos: ¿qué mas dejas?

—Dejo infinitos recuerdos á aquella alma de cántaro, que V. sabe, que me hizo aquella buena obra, que V. no ignora, el día 26 de Diciembre de 1862.

—No caigo.

—Ni es menester: harto cayó V. y le revolcó de lo bueno en aquel mismo día uno de los caballos del Circo de Chiarini.

—Vaya, no digas mas..... pero aquello te honra.

—Mucho; pero, ¿quién me indemniza de aquel mal rato? ¡Ah, señor! Y qué bien vendría aquí la pena del Talion.....

—Y qué, ¿no hemos de perdonar á nuestros enemigos?

—Si prometen no volver á las andadas, con alma, vida y corazon.

—Entonces, prosigue.

—Dejo un par de botines, no por viejos, sino porque me lastiman de tal modo que no me dejan dar un paso, y una casaca nueva que no la uso ni en los días de semana santa por temor de que me tomen por uno de los del gremio de enterradores.

—A los pobres con ello, *Esparavan*.

—Dejo fresquecita, acabada de llegar, una compañía de zarzuela para el teatro *Estéban* de Matanzas, el cual á su vez y cuando no pueda con los calzones, se dignará prestarla al de Tacon.

—Y que no vendrá mal, *Esparavan*, pues segun tengo entendido hay partes en dicha compañía, especialmente entre el sexo femenino, que llevan la mano al suelo.

—No me lo diga Vd., señor.

—Continúa.

Dejo á mi paisana y tocaya la señorita Cadenas, gozando del favor público y bajo la eficacísima proteccion de D. Francisco Marti, quien conforme me han asegurado, ha ofrecido proporcionarla la educacion musical que demanda la desmedida aficion de aquella jóven, con el fin de que acaso pueda figurar con el tiempo en una escelente compañía lírica.

—Que me place. ¿Tienes algo mas que dejar?

—Sí, señor: una mano de carretoneiros que puede arder en un candil. Insolentes y procaces hasta dejarlo de so-

bra, no parece sino que se creen con derecho á echar blasfemias á la faz de todo el mundo.....

—Oh! Si no fueran mas que carretoneiros los que se permiten hablar obscenidades y proferir palabras poco decorosas en los parajes públicos, pase. A muchos veo yo de levita y sombrero que hacen lo mismo.

—Señor, si yo fuera policía, como soy que habia de hacer un escarmiento.

—Mas vale que no lo seas y concluye.

—Pues concluyo, diciendo, que no dejo nada mas, sin embargo de lo muchísimo que pudiera dejar, pues aunque existe en la Habana un ramillete de lindísimas muchachas, estas ántes son para tomadas que para dejadas; y como ya he dicho que no me voy, páreceme muy puesto en razon, si Vd. no lo tiene á mal, que me quede con ellas.

—Pues que yo las abandono.....

—Conste que queda hecho cargo de prodigarlas sus cuidados,

Esparavan.

ZIPI-ZAPE.

Nueva York, Abril 8 de 1864.

—¡Madre! madre! que Juan le ha quitado á la gallina el huevo de la nidada.

—¿Y bien? y qué?

—No comprendes? Pobrecita gallina, que para hacer otro no va á tener modelo.

—*Don Junípero! Don Junípero!* que se me ha perdido el último *Zipi-zape*.

—Y bien? y qué, *Pascual?*

—Que por falta de modelo me va á costar mucho trabajo hacer otro.

—Pobrecito *Pascual*, te compadezco.

—Y tienes razon: tú sabes que despues de la pluma y un pedazo de papel, lo que mas se necesita para escribir es tener qué.

—Es lo mismo que decia aquel viejo extravagante.

—Qué decia, *Pascual?*

—Preguntábanle que deseaba para comer.....

—Y bien? y qué?

—Caramba, *Don*, que no me dejas hablar!

—Pues no te volveré á preguntar. Díme qué decia el viejo?

—Y dices que no volverás á preguntarme?

—Pues no diré palabra hasta que me digas qué decia el viejo.

—Sabes qué?

—Si tú no me lo dices.....

—Sabes que estamos haciendo un congreso? No nos falta sino un mentis y «tú eres un pillo!» y «tú eres otro!»

—Vamos, *Pascual*, qué decia el viejo?

—Pues el viejo decia, que para comer necesitaba buen apetito, buena compañía, algo en los platos y una servilleta.

—¡Raro viejo!

—Y yo para escribir un *Zipi-zape* necesito..... ¿Quieres que te cuente un cuento?

—Sí, hombre.

—Pues oye.

—Te escucho.

—Peter Burrows era un famoso abogado de Inglaterra, tan bueno que probó la inocencia de Francis Hancock, despues que Francis Hancock confesó su crimen de homicidio y despues que se encontró el cadáver y el puñal con las iniciales del tal Francis.

Un amigo suyo—amigo de Burrows—se le metió un día en el cuarto y lo encontró afeitándose con la cara vuelta hacia la pared. Preguntó por qué hacia aquello.

—Para verme en el espejo.

—Qué espejo? Si no hay ninguno!

—¡Alabado sea Dios! exclamó Burrows, no lo habia notado.

Tocó la campanilla. Vino el criado.

¿Y mi espejo?

—¿Cómo, señor? Si hace seis semanas que la señora lo hizo quitar de ahí.

Ya ves, *Don Junípero*, lo que es la costumbre. El abogado se afeitaba sin espejo. Yo en lugar de la servilleta que necesitaba el viejo para comer, puedo afeitarme con un *Zipi-zape* á lo Burrows (cuidado con escribir el nombre con todas sus letras). Tal es la costumbre.

En teniendo qué decir y en sabiéndolo decir, no hay mas sino decirlo. ¡Cosa mas facil!

Pero ¿qué digo? Que se acabó la guerra? Tanto mejor. Desde Setiembre se acabó, menos unas correrías ó galopadas, como dice cierto *Diario*, que no fueron sino para asustar.

Quedan los ejércitos; pero mientras no se den! Son como los gallos en el criadero: cada cual en su jaula. El gallo chico en Richmond; el grande, el zanco en Washington, y Dios en todas partes. Muy bien.

En lugar de guerra tenemos ferias, de aquellas de

«A la feria Juana,
Juana la doncella,
Fué por la mañana
Fresquecita y bella.»

Nuestra feria es para beneficio de las viudas y huérfanos de los soldados. Es asunto de mujeres y allí estoy yo. Que el gobierno gaste en hacer la guerra, allá se las parta y con su pan se lo coma. Que la guerra haga estragos en el suelo patrio y cause muertes y heridas, con no ir á la guerra para no buscar quebraderos de cabeza ó de piernas y brazos y con sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos, está todo hecho. Pero que se mueran de hambre las viudas y que los pobres angeli-

tos anden sin zapatos, porque los papás se han hecho matar como buenos, eso —vive el cielo—no lo hemos de tolerar en nuestros días.

Las mujeres han tomado la batuta en la mano y han puesto en concierto á todos los ricos de la cristiandad para mantener á los que tienen hambre, para vestir á los que andan desnudos y hay feria, y los huérfanos, si murieren, morirán hartos.

Mira, *Don*, cuando estas cosas se ven, se siente uno con ganas de llorar de enternecimiento y le perdona á la humanidad todos sus defectos y á los yankees hasta que se maten como suelen.

¡Cien mil duros todos los días para comprar pan! Tú sabes que el único hombre que comprendió la causa de esta guerra bárbara entre hermanos, fué un profesor alemán que se volvió loco. Pero todos los corazones comprenderán la causa de esta feria, en que la mujer, como Dios la hizo antes de descansar el sétimo día de la creación, ha recogido todos sus tesoros de bondad para dar de comer al hambriento.

Déjame enjugar una lágrima que me corre por las mejillas.

Vaya! Soy un tonto cuando me tocan el corazón.

Comprendo que la joven actual princesa de Gales alborotase á todo el castillo de Windsor porque la etiqueta le prohibia criar á su hijo, y riñera con todas las camareras de *Su Alteza*, porque impedian á la madre presentar el túrgido y casto seno á aquel pedazo de sus entrañas, aunque Alberto Víctor Cristian Eduardo haya de ser rey de la Gran Bretaña en el siglo que viene.

Y comprendo que todas las mujeres de la Union se pongan á trabajar y que la millonaria y la trapera, la aristócrata del bacalao y la aristócrata del trapo se pongan todas juntas, en un grupo formado por la Caridad, á recoger un bolsillo para los pobres que han sobrevivido al padre muerto en la batalla.

Déjame, *Don*, enjugar otra lágrima y otra.

El vanidoso gana oro para ostentarlo, el generoso para repartirlo, el pródigo para derrocharlo, el jugador para perderlo, el prudente para usarlo. Solamente la mujer lo gana para matar el hambre á los menesterosos. La mujer es hija de Dios.

¿Qué corazón, *Don Junípero*! ¿Qué secreto jamás descubierto completamente! ¿Qué abismo de bondad!

Te voy á explicar muy bien lo que es nuestra feria.

Oye.—La diligencia salió de Sedalia, por allá por Missouri, cuando el termómetro marcaba 14° bajo cero. Las casas del camino estaban cerradas y sus habitantes metidos en la chimenea, hablando solamente de una cosa—del frío.

Los zagales se remudaban en el pescante, porque no podían con el frío y

los caballos iban cubiertos con pieles de carnero para aguantar el frío.

Cuando la diligencia llegó á Bolívar entró en ella una señora con su niño en los brazos. ¿Cómo salía con tanto frío llevando al angelito para tan peligrosa jornada?

Ah! tenia noticia de que su marido habia sacado una herida en la última batalla y que estaba muy malo en el hospital de sangre. No podia dejar al hijo que criaba á sus pechos.

Cada dos millas paraba la diligencia y los viajeros entraban en alguna casa para calentarse.

El niño lloraba con el frío, aunque su madre se habia hecho con todo su cuerpo una manta para abrigarlo.

Un zagal se despojó de su piel de búfalo para envolver al niño.—Busca en los campos esa abnegación, *Don Junípero*: en las ciudades donde los hombres se reúnen para disputarse el agua, la luz, el aire, no tiene el corazón tamaños arranques.

Siguió el viaje y el niño envuelto en su piel se quedó dormido. En la próxima parada la madre no quiso moverlo del asiento que le servia de cama. ¡Estaba tan enrolladito en su piel!

Y siguió el viaje y el ángel continuó durmiendo.

Los zagales iban cantando una de esas tonadas tristes que resuenan en las montañas de todos los países como un lamento—el eco de las quejas humanas, repetido en las cavernas y en las asperas de los cerros desiertos.

¡La madre iba tan contenta por que su hijo al fin dormía!

Ya se veía el campamento, ya tocaba al término del viaje, ya iba á cuidar ella misma á su marido.

La diligencia se detuvo en la puerta del hospital.

—¿El sargento Morgan? preguntó la Señora.

—Entre V., dijo el centinela, todavía llega á tiempo.

La mujer tomó al niño envuelto en su piel de búfalo. ¡El pobrecito parecia tan tranquilo!

¡Pero estaba helado! habia muerto de frío!

¿Y el sargento Morgan? El infeliz apenas pudo echar los brazos á su mujer antes de arrojar el último suspiro.

Oyeme.—Aquella mujer que se pasea silenciosa en los corredores de la casa de locos de Louisville, es la viuda del sargento Morgan, es la madre del hijo que se heló en la diligencia de Sedalia.

Oyeme.—Aquellas mujeres vestidas de seda y cubiertas de diamantes que están vendiendo como simples muchachas de tienda en los mostradores de la feria, al son de músicas bulliciosas y en medio de la alegría mas completa del corazón, hacen dinero para dar de comer á la loca de Louisville.

Esa es nuestra feria.

Pascual.



"ULTIMO ADDIO" de DON JUNIPERO á sus queridos amigos.

Ayuntamiento de Madrid

PROCLAMA JUNIPERIL.

Con este número termina, carísimos lectores, la segunda época del periódico satírico DON JUNÍPERO.

La acogida que el público le ha dispensado ha sido, preciso es confesarlo, superior á mis esperanzas; con tal motivo es deber mio consignar aquí mi profundo agradecimiento y dejar á un lado la *guasa* para decir formalmente que siento separarme, aunque por tiempo determinado, de una ciudad donde tantas simpatías encuentro.

Estrañan algunos que hallándose mi periódico en un estado floreciente, lo abandone de sopetón para ir á correr la gran *rumbantela europea*, pero para ello me asiste una razón poderosa, á par de algunas otras que no es del caso referir.

La razón poderosa es la siguiente:

Todo hombre tiene su flaco por muy gordo que sea, y el mio es el de probar de un fruto prohibido en este paraíso, donde he vivido nueve años.

Lectores, no os riais.....! Me ha entrado una comezon irresistible de tratar de política. Voy, pues, á correr un bromazo político á la corte, pidiendo á Dios que tenga mejores resultados que el que corrí en la vecina ex-república mejicana.

DON JUNÍPERO se vá de temporada á Madrid! Desde allí os remitirá su periódico exhornado con todo el aparato que el argumento requiere, es decir, con caricaturas que levanten roncha.

Y ¡vive Dios! que algunas tengo de hacer que han de llegar á lo vivo ó dejo de ser el honrado hidalgo de Fuentidueña y el protegido de la Madre Celestina.

El tiempo será testigo. Entretanto, conservadme el afecto y la suscripción, y mandad á vuestro invariable

Don Junípero.

AQUÍ PAZ Y DESPUES GLORIA.

LETRILLA,

CON ACOMPAÑAMIENTO DE LÁGRIMAS Y
SUSPIROS.

Señores: todo en el mundo
Encierra principio y fin.
Yo al menos, triste rocín,
En tal convicción abundo,
Aunque me llene de *spleen*.

Por eso digo y repito,
Cuando veo el finiquito
De una cosa transitoria:
Aquí paz y despues gloria.

Viene el hombre de rondon
A este valle de penuria,
Y, apenas en el monton,
Le plantan un coscorrón,
Y, ¡agur del alma! ¡Qué injuria!
¿Mas quién habrá que se asombre?
Si nos consta que es el hombre
Un triste seron de escoria,
Aquí paz y despues gloria.

Nacemos para vivir,
Vivimos para gozar,
Queremos siempre reír,
Y, tras de mucho penar,
Acabamos por morir.

Si, pues, todo desaparece
Y se evapora y fenece
En esta vida ilusoria,
Aquí paz y despues gloria.

No hay nada que sea estable
En este mundo de cieno:
Lo malo como lo bueno
Todo, todo es deleznable,
Todo se lo lleva un trueno.

Si, pues, para los mortales.
Son los bienes y los males
Canjilones de una noria,
Aquí paz y despues gloria.

En vida gozó Fabricio
No interrumpidos placeres,
Y, encenagado en el vicio,
En brazos de cien mujeres
Fué conducido á un hospicio.
Murió en su ley el mancebo;
Y pues el hecho no es nuevo
Y no tuvo escapatoria,
Aquí paz y despues gloria.

Doña Ignacia, un patrimonio
Derrochó en su juventud.
Compañera del demonio,
No respetó el matrimonio
Ni al borde del ataud.

Si al cabo murió olvidada,
Mal querida y despreciada
Hasta en su misma memoria,
Aquí paz y despues gloria.

Vivió lleno de laureles
D. Justo y de distinciones:
Pescó buenas ocasiones,
Y, cascando á los infieles,
Atrapó sendos..... doblones.

Hizo mas tarde la mueca.
(La muerte todo la trueca.)
Mas si atrapó ejecutoria,
Aquí paz y despues gloria.

Este alegre semanario
Nació entre risa y chacota
En casa de un herbolario.
Vivió sin viento contrario
Bailando siempre la jota.
Y si hoy muere porque quiere,
Que á la postre todo muere,
Dejando un nombre en la historia,
Aquí paz y despues gloria.

Esparavan.

MI ÚLTIMO ADDIO.

—Aquí me tiene V., señora, con un pié en el estribo y en disposicion de dar á V. el último adios.

—¡Ah, D. Junipero! (*Primer soponcio con lijeros sacudimientos de nervios.*)

—¡Celestina! ¡Señora! ¿Que tiene V.?

—¡Oh! ¡Si V. supiera cuanto siento su partida!

—¿Qué quiere V? Es indispensable.

—Ella es la causa de ese funesto insomnio que de ocho dias á esta parte ha mermado mis carnes de una manera horrorosa.

—¿No tendrán su buena parte en ello los amores de Cigarron?

—¡Ay! Ella es el origen de esa inapetencia que me atosiga desde que supe en definitiva su resolucion de abandonarnos.

—El matrimonio acaso.....

—Si, sí: ¡El matrimonio! Su partida es la causa de mi resolucion á unirme en lejítimo consorcio con nuestro buen amigo y compañero Cigarron, quien, como V. sabe, hace ya fecha andaba bebiéndose los vientos por mis pedazos.

—Y ha pensado V. santamente. Por lo demas, Celestina, yo siento en el alma tanta y tan engorrosa pejiquera como sufre V. por mi causa. Crea V. que yo correspondo á tanto afecto con la buena voluntad de un hombre sincero y leal.

—¡Dios mio! (*Segundo patatús con acompañamiento de bríncos y cabriolas.*)

—Pero, madre, por mucho que sea mi estimacion hácia V., preciso es confesarlo, mi cariño hácia la que me dió el ser es infinitamente mayor.

—Lo comprendo, D. Junipero, y lo aplaudo. Pero esto no obsta para que yo le quiera como á un..... hijo, y que derrame en su partida abundantes lágrimas. (*Lijero desvanecimiento con obligado de suspiros.*)

—Vaya, madre, no llore V. mas, y sepa que agradezco como es debido todo el interés que V. se toma por mí.

—¡Oh! No es posible que comprenda V. todo el afecto que me merece.

—Se engaña V. señora. Yo penetro perfectamente en el corazon de V., y es tanto lo que aprecio sus buenos sentimientos, que he resuelto pedirle á V. una prenda que me recuerde durante mi ausencia su invariable cariño.

—¡Una prenda! (*El tinte del rubor coloreó suavemente las mejillas de la Madre Celestina.*) ¡Ah! si, si: Tome V., tome V. Ahí va este pañuelo empapado en mis lágrimas. ¿Quiére V. mas?

—Basta señora, con esto tengo lo bastante para recordar lo mucho, muchísimo que me ha querido V. ¡Adios!

—A...di...os!!! (*La Madre Celestina cae desplomada al suelo como herida de una centella. Cuadro final.*)

La Madre Celestina.

FÁBULAS.

D. Pedro, que asegura ser demócrata, Le zurra á su mujer como un autócrata; Y aquesta esclama al presentir su táctica: «Une la teoría con la práctica.»

Murió don Blás y su mujer lloraba Porque la herencia á don José pasó; Y al aire don José suspiros daba Porque con un sobrino la partió; El sobrino tambien se acongojaba Por las cargas que el tío le dejó; Todos lloraron, cada cual su punto, Mas ninguno lloró por el difunto.

Venturita Guevara, que es buen chico Aunque tiene bastante de borrico, Enamoró á la Ignacia, á la Lucía, A la Petra, á la Juana, á la María; Envejeció, paróse la borrasca, Y hoy á la sombra con dolor se rasca. Si hubiera enamorado solo á Ignacia, No hubiera sucedido esa desgracia.

Por bañarse con frio don Cipriano Le salió en cierta parte cierto grano; Y del baño al salir doña Asuncion Causóla el gran calor un sofocon. *Esto te enseñard, caro lector, A guardarte del frio y del calor.*

Un honrado andaluz Habitaba en la calle de Eguiluz; Y una noche al salir de la taberna En una esquina se rompió una pierna. *El que no tenga coche No debe retirarse por la noche.*

Dijo don Juan al ver un cocodrilo: —No tomaré yo baños en el Nilo.— Se bañó en Manzanares, Y le rompió un madero los hijares. —Si lo manda la suerte En todas partes hallardís la muerte.

FUMANDO.

El tabaco que fumaba yo hace pocas tardes despues de comer era de «Cabañas», de los llamados «embajadores» y procedente de un cajon escogido por el mismo Don Anselmo en un raro momento de verdadera inspiracion. Este es un lujo que suelo permitirme, un placer que solo me acibara el temor de provocar la cólera de mis ingleses si llegaran á encontrarme fumando tan caro; por eso cuando trato con los «embajadores», á pesar de mi natural dadivoso y comunicativo, me encierro en mi cuarto.

Rioja, el poeta de la virtud y de las ruinas, asuntos que andan casi siempre reunidos, dicho sea entre paréntesis, pedia «un libro y un amigo.» Rioja se olvidó de incluir un tabaco en el pre-

supuesto para la antigua Romúlea; pero como no sé si en su época ya se habia generalizado el uso del tabaco en España, ni tengo humor de averiguarlo ahora, diré que Rioja no fumaba, porque si hubiera fumado ¿como iba á olvidar adminículo tan necesario á la felicidad?

Tiene además un tabaco (bueno se entiende) tanta poesía, que un verdadero poeta no podria, siendo fumador, desentenderse de él. El tabaco tiene aroma, poesía del olfato, tiene, ó da, que es mejor, pues muchos tienen y no dan, humo, que sube en espirales y se desvanece en breve simbolizando nuestras ilusiones; alimenta fuego como nuestras almas y, como nosotros tambien, se convierte en cenizas.

Fumaba yo, decia, como el Marqués de Auñon tendido en mi butaca, cuando del susodicho «embajador» se desprendieron dos anillos de humo tan perfectos y tan bien enlazados que me representaron la imájen de un matrimonio feliz. Lenta y apaciblemente ascendian los dos círculos en la atmósfera tranquila de mi habitacion, como van por el camino del amor dos recién-casados á quienes sonríe la fortuna que se cuenta por onzas. La imájen no podia ser mas perfecta. En tanto que ascendian los dos anillos, siempre unidos, yo echaba una mirada de desolacion por mi aposento, pensando en la futura compañera de mi vida; pero al levantar los ojos, una ráfaga tan ténue que no hubiera podido arrastrar el ala de un insecto, rompía aquella union, y á poco los dos círculos, como de humo, habian desaparecido. Lo que pensé despues no es para contado; pero en materia de matrimonio nunca olvidaré la leccion de los dos círculos de humo.

Albérica.

CANTOS POPULARES.

Anoche soñaba yo
Que tu pecho me quería:
Que son mentira los sueños
Lo sé, sin que tú lo digas.

Son de tu negra pupila
Los resplandores brillantes,
Mas gratos al corazon
Que la farola de Cádiz.

Caridad como la tuya
Nunca en el mundo se vió,
Que de tu amor das limosna.
Tan solo por el de Dios.

Fortuna, no me sonrías,
Que á mi corazon no engañas,
Pues eres mujer y sé
Que has de volverme la espalda.

Lástima tengo del pecho
Que un imposible desea,
Pues siendo tu amor posible
Me hace sufrir tanta pena.



Engañado por tus ojos
De amor con falso destello,
Se estrelló mi corazón
En la roca de tu pecho.

Al separarnos, mi pena
De la tuya es diferente,
Pues tú sientes que me vaya
Y yo siento que te quedes.

Por evitar un peligro
En otro caí mas grande,
Que si es voluble la mar
Tu eres mas falsa y mudable.

Muda con tanta frecuencia
Tu corazón de inquilino,
Que han dado en decir, que nadie
Quiere habitarlo por frío.

Al ver tus ojos azules
Como lo tienen los ángeles,
Creí que lo eras, y he visto
Que no hace el hábito al fraile.

A la orilla de tu fuente
Me estoy muriendo de sed.
En ella rebosa el agua
Y no me dejas beber.

El amor que puse en tí
Fué perla que arrojé al fango,
Porque apreciar su pureza
No supo tu pecho falso.

El médico me receta,
Y él sabrá lo que se dice,
Que para el mal que padezco
Remedio venga á pedirte.

Es el amor de las niñas
Como clarísimo espejo,
Que si de cerca se mira
Se empaña con el aliento.

Con el niño amor jugando
Tú y yo á la gallina ciega
Me fascinó tu mirada
Y amor me ciñó su venda.

Sois el boticario y tú
Dos elementos opuestos,
Que él es emblema del agua
Y tú lo eres del fuego.

Como el botón de una rosa
Son los labios que yo amo,
Pero su aroma purísimo
Nunca podré yo aspirarlo.

Dicen que vivo dormido
Y tu falsedad no veo,
Si es tu amor una mentira
No me despiertes del sueño.

Cuando te ries, á Dios
Le rindo mis alabanzas,
Porque son cosa divina
Los ojos de tu cara.

Cuando barriendo la calle
Vas almidonada y hueca,
Pareces una fragata
Con alas y arrastraderas.

Si queda en tu corazón
Alguna página en blanco,
Escribe en ella mi nombre
Y otro amor en tu catálogo.

Mario.

JUNIPERADAS.

Balle acaba de publicar un lindo Nocturno, titulado *El Primer Beso*. Imagine V. los embarazos de una niña para pedir al dependiente que le dé *El Primer Beso*.

El matrimonio es el sepulcro del amor, dijo el hombre.

—Y los hombres son los enterradores, añadió la mujer.

(Esos tenían por lo ménos seis meses de casados.)

Una señora jamás sabe lo joven y fresca que está todavía, hasta que no le hacen su retrato al óleo.

Las fotografías siempre la hacen á una mas vieja de lo que es.

INGRATITUD.—Un hombre se emborracha y luego echa la culpa al vino.

En Inglaterra enmudeció una muchacha con el disparo de un cañon y desde entonces andan los maridos siempre solícitos porque los ejercicios de artillería se hagan frente á su casa.

—¿Es V. miope, señorita?

—Tanto que á la distancia en que V. está, no distingo si es un ganso ó es un burro.

Cuando una mujer se desmaye por una palabra tuya, dile al oído que fué de broma y volverá en sí.

BUENAS RECOMENDACIONES.

Las siguientes cartas son parlantes:

Amigo mío.—Tengo que hacer un negocio con Don Gerónimo Patiño y como lo he visto muchas veces con V., le ruego me dé informes sobre su veracidad. Perdón V. la molestia que le dá S. S.—*Don Junípero.*

Señor Don Junípero, mi amigo.—En contestación á la anterior, que no es ninguna molestia, le diré que Don Gerónimo Patiño es hombre en quien se puede creer, pues hace tres años que le presté un dinero, me dijo entonces que no tenía intención de pagármelo, y hasta la fecha ha cumplido su propósito como un hombre de palabra. Me repito etc.—*Juan Fernandez.*

Entre los errores mas populares del mundo está la creencia de que Nelson se mareaba. No es posible, porque á nadie se le ocurre dar cuando mareado otra orden que la de llevarle un poco de brandy con agua ó una taza de té. Si Nelson hubiese sufrido verdaderamente de mareo, en la batalla de..... (Don Junípero no quiere escribir ese nombre) habría dicho:

«Inglaterra (ola, mozo) espera (una escupidera) que cada uno (mozo, mozo,) haga hoy (mozo) su deber» (esa escupidera!)

El mariscal Bosquet, el héroe de Malakoff (en la Crimea) siendo coronel en Argelia, mandó á un teniente suyo en comisión, y sea por torpeza ó por mala inteligencia, el teniente ejecutó mal la orden. Bosquet exasperado se olvidó de sí mismo hasta el punto de levantar el látigo contra el oficial, y éste al verse amenazado con un látigo, sacó una pistola y se la disparó al que lo amenazaba. Ardió la cápsula, pero afortunadamente no salió el tiro. Todos temblaron. El teniente aguardaba la orden de arresto, cuando Bosquet le dijo con la mayor calma del mundo:

—«Teniente, preséntese V. arrestado en la prevención por veinte y cuatro horas, por tener sus armas en mal estado.»

EL SR. HERRERA.

Este distinguido joven artista, cuyo cuadrato, *La Driada*, ha merecido los unánimes elogios de la prensa periódica de esta capital, se ocupa en la actualidad en pintar una *Mater Dolorosa* de su composición, que, á juzgar por lo que de ella hemos visto, contribuye á aumentar las esperanzas que sobre el talento de ese artista han fundado los conocedores del arte.

Don Junípero al despedirse, vuelve á elevar la voz para recomendar vivamente al Sr. Herrera. Es una inteligencia que si encuentra medios que favorezcan su desarrollo podrá llegar á su patria recuerdos inolvidables.

La prensa de toda la Habana ha cumplido dignamente con su noble misión de estimular á los que pueden hacer algo por ese joven pintor; ahora corresponde á los que tienen en su mano los medios de llevar á cabo esta obra patriótica, el proporcionar al Sr. Herrera la instrucción necesaria para llegar á ser un verdadero artista.

FINIS CORONAT OPUS.

De mísero aprendiz de boticario
Metíme sin pensar á periodista,
Y aunque soy por mi mal corto de vista
A ver alcancé mas que un visionario.

Mas malo para muertos que un sumario
Y aun peor para vivos que un legista,
Sin pizca de instrucción y mal hablista,
No me ganó á cantar ningún canario.

Hoy quiero descansar de esta perrera
Que el ánimo me tiene desinquieto,
A la vida volviéndome de hortera.

Y pues está firmado ya el decreto,
Aquí término pongo á mi carrera
Con la publicación de este soneto.

Esparavan.

HABANA: LIBRERÍA É IMPRENTA «EL IRIS», OBISPO 22.

